

ROBESPIERRE OU L'IMPOSSIBLE FILIATION

Pierre Chaunu

Artarit, Jean, *Robespierre ou l'impossible filiation*, París, La Table Ronde, 2003.

El Robespierre de Jean Artarit es el fruto de una doble cultura: médico siquiatra e historiador, a quien la más ruda erudición no espanta. Esperaba con impaciencia su publicación porque Artarit responde, en parte, a una pregunta que me obsesiona desde hace muchos años: ¿cómo es que los “locos” (obsesivos por lo menos) llegan, de vez en cuando, a la cumbre del poder político? ¿Cuál es la sinergia entre ellos y la sociedad que los catapulta hacia arriba?

Hay muchos ejemplos desde finales del siglo XVIII, quizá por la existencia de fuentes más abundantes. Es necesario cubrir dos aspectos: los sujetos y su medio. De lograrse esta doble tarea, podría ser, en la historia de la historia, el equivalente de lo que fue hace más de cincuenta años el matrimonio entre la economía política y las estadísticas: la historia cuantitativa. En Francia tuvimos la tendencia a confundir esa mutación con la Escuela de los Anales. La fuerza del método histórico permanece en la lectura crítica, ya que, sin remontarnos hasta los griegos y a la exégesis bíblica de los Septantos, nuestro maestro sigue siendo Lorenzo Valla (1407-1457), el padre del humanismo crítico. El acercamiento se consiguió entre las ciencias económicas del presente y la historia que aclara, prolonga y completa.

El análisis que Artarit dedica a Robespierre es ejemplar. Hay que ayudarlo a fundar una escuela, pues el abanico del juicio se cierra en el caso de esos enfermos. Las ideologías tan bien estudiadas recientemente quisieron inspirarse en los progresos de la física. Marx, el más inteligente y el más famoso, se veía a sí mismo como el Newton de la ciencia social y, por ende, política. Si esto conduce a la violencia, por lo menos él no es su adorador (por algo se habla de “marxismo-leninismo”).

La historiografía proliferante de la Revolución francesa ha evolucionado antes y después de Albert Mathiez y sus alumnos, hasta confundirse con los estudios robspieristas y la apología del crimen.

Artarit sigue de manera decidida un método freudiano. Una familia de Arras empieza con el comercio y, tempranamente, pasa al mundo del derecho de 1650 a 1720. Del lado de la madre, los Carraut son pequeños empresarios, modestos pero robustos. Maximilien-Barthélémy Francois, el padre de Maximiliano (1758-1794) es un desequilibrado. Después de una vocación monástica fluctuante, le “hace el favor” a una muchacha, pero su matrimonio no repara nada. Esto no parece haber sido del gusto de los Robespierre, quienes no asistieron a la ceremonia. Jacqueline Carraut (1736-1769) tuvo cuatro embarazos sucesivos. Murió de tuberculosis, lo cual dejó a Maximiliano privado de su único amor, el de su madre, y convencido de que el padre vagabundo era responsable por su deceso. Tal es la demostración: una relación edipiana fantasmal y reprimida;

una tendencia homosexual a la deriva, sin dejar jamás ninguna realización; la impotencia como resultado de una castración sicológica, y una parálisis fóbica del deseo. El drama personal se da en el contexto de una educación culpabilizadora.

La revolución, la demolición de los valores, empieza temprano con la expulsión de los jesuitas en 1763. El colegio Louis le Grand recibe a Maximiliano gracias a una beca episcopal, pero el colegio, por desgracia, ya no era jesuita. En lugar de la cultura y la apertura del mundo de la Compañía reinaba el Oratorio, baluarte del rigorismo jansenista extremo que persigue cualquier pulsión afectiva y vuelve absurda una religión regentada bajo la férula de un Dios que desea a toda costa llenar el infierno. Se entiende que esa espiritualidad haya engendrado a tantos religiosos, quienes colgaron los hábitos a la hora de la Constitución Civil del Clero, luego de su liquidación en el camino hacia el terrorismo sádico.

Charlotte Robespierre, la joven hermana que vivió junto a Maximiliano, es una fuente valiosa para el desarrollo del monstruo durante su infancia. Colegial solitario, sin amigos ni compañeros, Maximiliano termina de cimentar su imaginario. Con una inteligencia y una cultura marcada por un rigor más eclesástico que cristiano y por los pararrayos del tiempo, las Luces, en tiempo normal, le hubieran llevado a la presidencia de la Academia de Arras. La publicación de dos libros y de algunas ponencias hubieran, de igual forma, coronado la carrera de un solterón malhumorado.

Resulta imposible resumir el libro de Jean Artarit. Usted podrá leerlo una o dos veces y entenderá el porqué. ¡Cuántos Robespierre potenciales hay en una Francia tranquila del Antiguo Régimen! Para matar se necesitan palabras. “Pueblo” se encuentra en la cumbre de estas palabras asesinas. Los locos son peligrosos únicamente en una sociedad que los espera. Así, la locura no excluye al genio: orador maravilloso, técnico extraordinario en la manipulación de las masas, pero cuando el odio lo invadió en su totalidad, no hubo una sola cara que no despreciara. El sufrimiento del que era presa lo llevó a una conducta suicida. De la magistratura de la sospecha hasta el desenlace, pasando por la ley de la muchedumbre, el Terror, el odio, la revolución helada y el reino de la muerte. Cuando no queda más que el odio de todos, mujeres, hombres, amigos de ayer especialmente, la falta final no es ya una falta, es un suicidio, y el final horrible, un deseo colmado.

Nos queda ahora la tarea de precisar una nueva ciencia que auxilie a la historia. De la historia hacia el presente y por lo mismo, del presente hacia el porvenir. ❖

LE MARXISME DE MARX

Pierre Rosanvallon

Aron, Raymond, *Le marxisme de Marx*, prefacio y notas de Jean-Claude Casanova y Christian Bachelier, París, De Fallois, 2002, 764 pp.

“No debo nada a la influencia de Montesquieu o de Tocqueville [...]. Sigo, casi contra mi voluntad, mucho más interesado por los misterios de *El capital* que por la prosa límpida y triste de *La démocratie en Amérique*”. Esa confesión de Raymond Aron puede sorprender a sus lectores más recientes, pero no asombra para nada a quien conoce un poco su obra y su itinerario. El autor de *Paz y guerra entre las naciones* se enfrentó durante cincuenta años a la obra de Marx. Ese “marxismo de Marx”, grueso volumen, propone una especie de síntesis de esa larga frecuentación, metódica y apasionada, presente en muchos ensayos muy conocidos.

Las razones de una atención tal son múltiples. Aron pertenece a esa generación, la de los años treinta, para la cual el pensamiento filosófico o sociológico era primera y evidentemente alemán. Elie Halévy, con su interés temprano por la historia y el pensamiento político inglés, era una figura excepcional entre esos jóvenes de la Normal Superior. Pero, y eso es lo principal, para la generación de Aron el marxismo era incontornable tres veces: en la universidad impregnaba todas las ciencias sociales; en la vida política francesa, el partido comunista era poderoso —y por cierto, su editorial tuvo durante muchos años el monopolio de hecho de la traducción al francés de las obras de Karl Marx—; en el escenario internacional, prologando el hecho anterior, el imperialismo soviético era un fenómeno de primera magnitud. Por ello ese tomo es un documento sobre la historia intelectual de la segunda mitad del siglo xx. Señala la

centralidad que tenía el marxismo para los que lo combatían; el liberalismo, se nos está olvidando hoy, era en aquel entonces un “pensamiento dominado”, cuyos mayores autores eran olvidados hasta por los intelectuales que compartían su *ethos* político: Aron confiesa haber leído a Tocqueville en una fecha muy tardía y no parece haber frecuentado a Benjamin Constant, François Guizot o John Stuart Mill.

La pasión marxiana de Aron tiene otra dimensión; nos recuerda que el pensamiento verdadero es siempre un diálogo en combate. “Todos los que tienen en alguna forma idea de lo que es la creación intelectual, saben perfectamente que el hombre más importante para cada uno de nosotros es aquel con el cual uno se ha peleado, con el cual ha discutido”. Eso explica que el hombre que encarnó de maravilla la figura del intelectual liberal en la Francia de la segunda mitad del siglo xx, Raymond Aron, haya dedicado tantos años a leer, lápiz en mano, los cuarenta y cinco tomos de la gran edición alemana de referencia, *Marx-Engels Werke*.

“No hay autor que haya leído tanto, que me haya formado tanto como Marx... y de quien no haya dejado de hablar mal”, subraya Raymond Aron.

Sólo por eso el libro sería digno de atraer la atención, como un ejemplo hermoso de una confrontación que toma realmente en serio el pensamiento del adversario. Sin embargo, la lección de ética en la discusión que da *El marxismo de Marx* no debe disimular lo esencial, a saber, la sustancia misma del trabajo, precisamente anotado por J.C. Ca-

sanova y C. Bachelier. Elaborado a partir de los cursos impartidos por Raymond Aron en 1962 en la Sorbona y en 1977 en El Colegio de Francia, es una introducción magistralmente pedagógica a la obra del autor de *El capital*, de hecho, no hay más completa hoy en día en el mercado.

De lectura relativamente fácil, cubre los principales textos de Marx, con la preocupación de ser fiel a lo que el autor intentó pensar y decir. Ese trabajo manifiesta, por lo tanto, una doble distancia; primero con Althusser, por más que Aron salude los primeros artículos de lo que iba a ser el famoso *Pour Marx*; lo acusa Raymond Aron de haber forjado un “marxismo imaginario”; pero también con todas las lecturas “humanistas” de Marx (algunos autores jesuitas reciben una buena paliza) que tienden a reducir la aportación de Marx al concepto de alienación. Aron toma a la vez sus distancias con muchas interpretaciones de los años sesenta, casi exclusivamente fundadas en la reciente edición de textos que Marx no había publicado (*Los manuscritos de 1844*, *La ideología alemana*, *La crítica del derecho político hegeliano*, los *Grundrisse*, en especial). Le devuelve su lugar central a *El capital* y a la crítica de la economía política, como crítica inseparable del saber económico de su época y del capitalismo real.

¿Qué mejor testimonio, para terminar, de la fascinación resentida por Aron hacia Marx que esa constancia de la “eficacia” de su pensamiento?: “La doctrina que intenté seguir presenta una calidad pocas veces alcanzada a ese grado, y es que se puede explicar fielmente en

cinco minutos, cinco horas, cinco años o durante medio siglo”. En la duda de qué escala escoger, la lectura de *El marxismo de Marx* propone un buen compromiso. © Le Monde. 

BREVES (RESEÑAS)

Jean Meyer

Yakovlev, Alexander, *A Century of Violence in Soviet Russia*, Yale University Press, 2002.

Alexander Yakovlev, ideólogo de la *perestroika* en tiempos de Gorbachov, acaba de publicar *A Century of Violence in Soviet Russia*. No pretende observar la frialdad académica y afirma que “la rabia es la única contestación posible ante los que desfilan en nuestro país gritando que Stalin no fue lo suficiente lejos”. Después de trabajar durante años (1987-1991) a la cabeza del Estado soviético y luego como presidente de la Comisión Investigadora sobre la represión en tiempos de la URSS, sabe de qué habla. Calcula que 35 millones de personas murieron a consecuencia de la represión o de la hambruna deliberada. Su rabia no perdona a Lenin: “Teórico del terror de masa, de la violencia, de la dictadura del proletariado, de la lucha de clases y otros conceptos inhumanos. Organizador de la guerra civil fratricida y de los campos de concentración, inclusive campos para niños. Incansable en sus demandas de arrestos, fusilamientos, ahorcamientos. Personalmente responsable de la muerte de millones. Según cualquier norma de la ley internacional, cae de manera póstuma bajo la

inculpación por crímenes contra la humanidad.

“El metropolitano (jerarca ortodoxo) Vladimir de Kiev fue mutilado, castrado, fusilado y su cuerpo desnudo expuesto para su profanación. El metropolitano Benjamín de Petersburgo, futuro patriarca, fue transformado en témpano de hielo. El obispo Hermogen de Tobolsk fue amarrado vivo a la rueda de un barco de vapor y así triturado. El arzobispo Andronico [...] sepultado vivo, su colega Vasili crucificado y quemado.

“Hoy nuestro país sigue repleto de estatuas de Lenin y de calles con su nombre; muchos políticos tienen su foto en su oficina; pululan los periodiquitos bolcheviques y francamente nazis; en el Congreso hay oradores para defender a Stalin y atacar a las víctimas de un régimen malvado”.

Julien (el emperador), *Misopogon*, París, Belles Lettres, 2003, 96 pp. (Texto bilingüe traducido del griego por C. Lacombrade)

A principios del año 363, Julián emperador (361-363) mandó una larga epístola a los habitantes de Antioquía, conocida con el título de “Misopogon” (“el enemigo de la barba”) y que es una autobiografía literaria. Enemigo de las barbas fundamentalistas, el campeón del paganismo, derrotado por el galileo, nos habla como si fuese nuestro contemporáneo; su carta, escrita en vísperas de emprender su fatídica campaña contra el persa Shapur, suena a testamento. La introducción de Aude de Saint Loup nos permite entender mejor a Julián el apóstata (véase el

libro del mismo nombre escrito por Glen W. Bowersock, Harvard, 1978).

Jean Claude Schmitt, *La conversion d'Hermann le juif. Autobiographie, histoire et fiction*, París, Le Seuil, 2002, 388 pp.

Autobiografía, traducida del latín, de Judas ben David ha-Levi, contemporáneo de Bernardo de Claravalles; nació en Colonia, murió siendo sacerdote católico en una abadía de Westfalia y nos dejó, bajo el nombre de “Hermanus quondam Judaeus”, ese *Opusculum de Conversione sua*. Schmitt, además de traducir el texto, nos ofrece un formidable estudio de ese documento sobre el universo social y cultural de la Renania del siglo XII y sobre el tema polémico de la conversión. (En 1988 Avron Saltman, de la universidad de Jerusalén, creyó demostrar que el texto era una ficción cristiana, elaborado en el marco de una polémica antijudía.)

Mary Carruthers, *Le livre de la mémoire (The Book of Memory)*, 1990, París, Macula, 2002, 464 pp., y *Machina Memorialis*, Gallimard, 480 pp.

Traducidos del inglés, los dos libros de la historia norteamericana tratan de la transmisión del saber en la cultura medieval. El primero, más específicamente de la memoria, y el segundo de la meditación, de la retórica y de la fabricación de imágenes entre los monjes. Son dos etapas de la reflexión original de Mary Carruthers que permiten medir la novedad de sus aportaciones y el singular dinamismo de ese campo de la investigación internacional. La tesis central de

Carruthers es que “la cultura medieval conservó una naturaleza profundamente memorística, con todo y el uso y la creciente existencia de los libros. El segundo libro (*The Craft of Thought*, 1998) prolonga y completa las intuiciones centrales del primero; subraya los caracteres originales de la “máquina memorística” de los monjes frente a la tradición retórica antigua. Hugo de Saint-Victor, caro a Ivan Illich (véase *ISTOR* 13: 167-168) está presente en un libro tupido y frondoso como un bosque.

■ Petrarca, *Lettres de la Vieillesse*, París, Belles Lettres, 2002, 2 tomos de 454 y 604 pp.

En 2004 se celebra el séptimo centenario del nacimiento del gran poeta italiano que vivió años en Provenza e “inventó” el alpinismo (¿montañismo?) al subir al monte Ventroux (Venturi). La higuera que menciona en uno de sus poemas sigue viva en la Fontaine de Vaucluse... Esa edición crítica bilingüe es un monumento admirable: salieron dos tomos y vendrán cuatro más. Ya se publicaron dos tomos de sus *Lettres familiares* y se esperan cinco más. No cabe duda de que Francesco Petracchi, el perdidamente enamorado de Laura de Noves, sigue entre nosotros.

■ Daniel Roche, *Humeurs vagabondes. De la circulation des hommes et de l'utilité des voyages*, París, Fayard, 2003, 1032 pp.

El consejero editorial de *Istor* y profesor en el College de France, célebre por sus numerosos libros sobre el Siglo de las Luces, nos

acaba de dar una suma estimulante sobre los modos de viajar y el sentido de la itinerancia en la Europa de antes de la Revolución (francesa). No me sorprende esa hazaña por parte de quien es, un poco, el Montaigne de nuestra profesión –tiene su torre en Brantes, vertiente norte del Monte Ventroux, y es jinete como Michel, *seigneur* de Montaigne–. Nos ofrece una asombrosa travesía por esa Europa toda hecha de contrastes, con sus rincones de arcaísmo rural casi neolítico y, en las urbes, el cosmopolitismo triunfante de la Ilustración en toda su gloria. El viajero, aventurero, curioso, obligado, peregrino, desesperado, rompe con el orden de las cosas ordinarias y con la condición sedentaria; el viaje lleva a mirarse y a mirar el mundo de forma nueva: el viaje individual, pero también las grandes migraciones y los exilios colectivos que agitan esas sociedades.

Al mismo tiempo, Daniel Roche nos propone un segundo viaje, más complicado y ambicioso cuando dice: “las relaciones de viaje, más que un reflejo de la realidad, nos ofrecen la manera de percibir esa realidad y cómo debe ser vista”; describen Alsacia o Rusia, es cierto, pero nos manifiestan cómo se las presentan al viajero, y por lo mismo, cómo circulaban las ideas, cómo se formaban las identidades nacionales y regionales modernas. Un viaje dentro del viaje.

■ Nigel Cawthorne, *The Empress of South America*, Heinemann, 2002, 314 pp.

Sian Rees, *The Shadows of Elisa Lynch, How a 19th Century Courtesan Became the Most Powerful Woman in Paraguay*, Headline, 2002, 344 pp.

Dos libros al mismo tiempo denuncian la tiranía de la pareja Francisco López-Elisa Lynch sobre Paraguay. No sabía de la existencia de esa hija de un médico irlandés, que fue cortesana en París antes de compartir el poder con el monstruoso López. La pareja llevó al país al borde del abismo, con la guerra de la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay) que tomó el perfil de un genocidio contra los paraguayos. Ignoraba por completo su co-responsabilidad en la tiranía de López Jr. Al hojear estos libros uno se pregunta cómo es posible que la pareja haya sido venerada por la historia oficial de Paraguay, y no siempre y no sólo a instancias de los numerosos dictadores nacionales. Ahora bien, el culto a Juan Domingo y a Evita Perón tampoco se apaga... Aunque, perdón, no se puede comparar a los dos dictadores: López condenó a muerte a sus dos hermanos, acusó a su vieja madre y a sus hermanas de traición, por lo que en los últimos meses de su satrapía las mandaba azotar regularmente.

Daniel Showman, *The Hitler Emigrés. The cultural Impact of Refugees from Nazism*, Londres, Chatto, 2002, 466 pp.

Se trata esencialmente de los judíos alemanes en Inglaterra.

Ed Maloney, *A Secret History of the IRA*, Nueva York, Norton, 2002, 600 pp.

El autor, nacido en Inglaterra y criado en Irlanda del Norte, es un reconocido periodista y editor del *Irish Times* y del *Sunday Tribune* en Dublín. Su relato empieza en los

años sesenta, cuando se planta la semilla de los terribles 35 años ulteriores y cuando aparece el liderazgo que, hasta la fecha, impera en los dos bandos. En 1966 cayeron las primeras víctimas de una guerra, en gran parte, invisible; en 1969 la violencia sectaria llevó a la intervención del ejército británico que fue recibido, en un principio, como una fuerza de paz; aunque tal sensación no duró. El año de 1972, el del “*Bloody Sunday*” (30 de enero), vio caer a 467 personas. Para aquel entonces Ferry Adams tenía 24 años y militaba en la IRA desde hacía seis, aunque presidente del Sinn Fein desde 1983, lo haya negado siempre. El libro narra la lenta evolución que permitió después de 3600 muertos llegar al cese al fuego de 1998, con la bendición de los Estados Unidos y del Papa. Pero un cese al fuego no es la paz. Si una mayoría, en cada bando, quiere la paz y le apuesta al camino democrático, por desgracia cada bando tiene el equivalente de Hamas, Hezbollah, Dzhihad y brigadas al Aqsa. El lector interesado debe remitirse, para los antecedentes lejanos, al libro de Thomas Bartlett: *The Fall and rise of the Irish Nation. The Catholic Question 1690-1830*, Nueva York, Barnes and Noble, 1991, 441 pp.

Gérard Chaliand, *Mémoire de ma mémoire*, París, Julliard, 2003, 164 pp.

A propósito del genocidio que en diversos episodios entre 1894 y 1916, el imperio otomano cometió contra los armenios, el autor escribe: “Cualesquiera que sean las fuentes estadísticas, esta masacre de Estado causó la

desaparición de cerca de la mitad de los armenios del Imperio. ¿Cuál cifra resultaría en el caso de Francia, de los Estados Unidos? [...] ¿Cuál sentimiento haría nacer la negación de ese crimen de lesa humanidad?”

El historiador y estratega, autor, entre muchos, del libro de referencia 1915, *Le génocide des arméniens* (1980, última edición, Complexe, 2002, en coautoría con Yves Ternon), es hijo de armenios sobrevivientes y recuerda a “las ancianas de mi infancia que habían sido siempre ancianas, viudas y huérfanas de un mundo asesinado”. Heredero de ese “pueril natal” sigue escuchando esos “murmullos que contaban siempre la misma historia clavada en el ataúd de la memoria”. La memoria terca y fiel de Chaliand apunta que esa terrible historia colectiva es también una historia personal. Sería bueno reeditar el número de los *Cahiers de la Quinzaine* que Charles Péguy dedicó a los armenios que hace más de un siglo vivieron bajo el “sultán rojo”, Abd-ul-Hamid. 

Mauricio Tenorio Trillo

Héctor Mendoza Vargas, Eulalia Ribera Carbó, Pere Sunyer Martín (coords.), *La integración del territorio en una idea de Estado, México y España, 1820-1940*, Instituto de Geografía, UNAM, Instituto de Investigaciones Dr. María Luis Mora, Agencia Española de Cooperación Internacional, México, 2002, 384 pp.

Este volumen es difícil de descifrar; es el resultado del I Coloquio México-España celebrado en mayo de 1999 y como tal es vasto

en los temas que abarca y despanzurrado en la coherencia que une a los distintos trabajos (veintiuno en total). Se trata de una interesante propuesta: una historia paralela de la conformación del espacio nacional en México y España de finales del siglo XVIII a principios del siglo XX. Pero sólo uno de los trabajos (“El mapa nacional en España y México, 1820-1940. Proyectos cartográficos de larga duración”, de Héctor Mendoza Vargas y José Ignacio Muro) intenta la comparación; los demás son trabajos ora sobre México, ora sobre España, sin mayor relación lo uno con lo otro. El afortunado trabajo de Mendoza y Muro propone, primero, orígenes comunes de la cartografía de México y España (siglo XVIII), y luego sostiene que ambas escuelas cartográficas respondieron a un mismo estímulo y a métodos similares, aunque a distintos ritmos temporales. Es decir, en ambos países el conocimiento cartográfico fue de la mano de la formación del Estado liberal, y en ambos lugares dichos esfuerzos fueron llevados al cabo esencialmente por ejércitos, los cuales se encargaron de la formación del Estado y de la demarcación de mapas y fronteras territoriales. Pero bueno, este libro no se detiene más en las comparaciones y compila once ensayos sobre México, tres de acento catalán y siete sobre del resto de España. La cosa, pues, está un poco llosa.

Estas minutas del I Congreso México-España presentan una media docena de trabajos que valen el volumen. Es tentador, empero, hincarle el diente crítico a un par de ensayos. Se incluye uno que otro trabajo

sin mayor alcance que un descompuesto nacionalismo mexicano que poco dice sobre el interesante tema que el libro propone; a saber, ¿cómo se conformó el territorio mexicano en paralelo o a contrapelo de la conformación del Estado? Un libro reciente, *La Gran Línea: Mapping the United States-Mexico Boundary, 1849-1857* (Austin, 2001) de Paula Rebert es, por cierto, revelador al respecto, y muestra las dificultades políticas, filosóficas y técnicas, enfrentadas en los Estados Unidos y en México (especialmente durante el porfiriato) para crear una línea que al fin demarcara la verdadera existencia de dos Estados nacionales. Otro trabajo reciente, *Meter Dolorosa* (Madrid, 2001) de José Álvarez Junco contribuye muchísimo a las largas andanzas de la conformación de la mera idea de España, territorio nacional, conciencia nacional y patrimonio nacional desde la unificación de los reinos de Castilla y Aragón. Ante este panorama historiográfico, asombra encontrar en *La integración del territorio en una idea de Estado* algún ensayo que dice algo así: “cabe preguntarse ahora, muchos años después: ¿en algún momento se habrá dado cuenta el dictador [Díaz] de que entonces se desplegaba en todo el orbe un fenómeno llamado ‘del imperialismo’ económico? En realidad no vale la pena esperar la respuesta. Lo sustancial fue que sobre México se cernió la amenaza de una posible desintegración paulatina. Sin embargo, las masas populares la evitaron en 1910 mediante el recurso a la violencia revolucionaria” (p. 26). Sea, pues, no me detendré más en esta teleología geográfico-nacionalista.

El volumen también incluye algún texto que por desmitificar el nacionalismo catalán de finales de siglo XIX –lo cual parece una tarea loable y ya bien avanzada por la historiografía española y catalana– cae en caracterizaciones que parecen de esas que leíamos en Editorial Progreso. “Estas notas –dice Miquel Izard en su ensayo incluido en este volumen– son un intento desesperado, *inútil*, de contrastar HS [Historia Sagrada] nacionalista y poner énfasis en el antagonismo *total* entre la Cataluña obrera y la burguesa, dos culturas rivales y enfrentadas, no en una lucha de clases, sino en una guerra a muerte” (p. 363, subrayado añadido). Bueno, el autor sabe lo que dice, y por algo afirmó que el esfuerzo sería inútil: su análisis carece de sutileza, es la trama sin bemoles de la confrontación clara y bien definida de una burguesía omnipoderosa y mala y de una clase subalterna sometida y buena. El ensayo contrasta con la riqueza de estudios sobre el mismo tema, como el devastador examen de las raíces culturales del nacionalismo catalán de Joan-Lluís Marfany –*La cultura del catalanisme: el nacionalisme català en els seus inicis* (Barcelona, 1995)–, el cual es utilizado por Izard, pero con total desatención al detalle y a la complejidad de la apropiación elitista de la “cultura popular”; o el puntigudo trabajo de Josep Termes –*Història del catalanisme fins el 1923* (Barcelona, 2000)–; o el trabajo de Josep Maria Fradera, el cual demuestra con claridad que el nacionalismo “burgués” no fue siempre un factor de desunión, una “lucha a muerte”, dentro del abigarrado conflicto social de la Cataluña de

finales del XIX –*Cultura nacional en una societat dividida: patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868)* (Barcelona, 1992)–. Al menos en los dos últimos trabajos, los aspectos geográficos, el apego a la tierra, el campismo, son considerados partes esenciales del nacionalismo catalán, materia pues que pudo haber sido tratada en este volumen, en comparación, por ejemplo, con la falta de una tradición bucólica en el nacionalismo revolucionario mexicano –el cual de indigenista todo, pero poco de ecológico y naturalista–.

Como el trabajo de Izard, el de Ignacio Sosa Álvarez (sobre el concepto de unidad nacional e integración territorial en el nacionalismo mexicano) flaquea por falta de sutileza en el análisis. Para este autor, el discurso porfirista del mestizaje era un simple *wishful thinking* que añoraba disolverse a sí mismo gracias al beso milagroso del inversionista extranjero; lo cual no es del todo incierto, pero uno se pregunta si es útil pintar con brocha tan gorda.

Dos ensayos son muy sugerentes pero constituyen más bien promesas para futuros trabajos. “Las imágenes de lo urbano y la construcción de la nación” de Carlos Aguirre Anaya suena fantástico, pero se trata de siete páginas en las que se discute someramente el conocido libro de mediados del siglo XIX, *México y sus alrededores*. Por su parte, el trabajo de Federico Fernández (“El ensanche orgánico: Cerdà y la percepción de la ciudad de México en el siglo XIX”) promete, pero se limita a un largo comentario sobre el surgimiento de la idea orgánica de la ciudad en Europa, y a analizar brevemente los proyec-

tos de Salvador Malo y de dos o tres más (Justo Sierra, Eduardo Liceaga y el médico homeópata Juan Arriaga). De las doce páginas del ensayo, sólo tres están dedicadas a la inspiración cerdiana de los mexicanos. En verdad, este es un tema que merece más explicaciones: ¿cómo y cuándo concibió Malo un ensanchamiento de la ciudad de México? Para mí sigue siendo un misterio el mapa del ensanche de la ciudad del especulador inmobiliario Salvador Malo. Como todos, Federico Fernández extrae el mapa del tomo seis de la historia de la ciudad de México dirigida por Fernando Benítez y publicada por Salvat (1983). Cuando uno trata de averiguar el origen del mapa en esta publicación, sólo dice “Archivo Salvat”. ¿Y luego? Federico Fernández nos debe el estudio de la influencia de Cerdà en México.

De lo mejor del volumen es el ensayo “Ciencia, política y territorio: la construcción del paradigma regional en la península ibérica” de Vicente Casals Costa. Se trata de una excelente síntesis de cómo surge en la península (en especial en Cataluña), a partir de la influencia de la geografía regional francesa, la idea de “región natural”, que acabó por volverse el paradigma científico que explicó la política y la geografía de la península a lo largo de una gran parte del siglo XX. A partir de los trabajos de geógrafos alemanes, españoles y franceses durante la segunda mitad del siglo XIX, se consolida la idea de meseta como unidad de análisis para el territorio, los pueblos y la ecología de la península. La obra que sintetiza esto fue, según nos dice Casals Costa, es *Ensayo acerca de las re-*

giones naturales de España (1922) de Juan Dantín Cereceda. De ahí en adelante reina la visión de España como una meseta formada por regiones naturales, idea que es a la vez reproducida por la geografía catalana para entender tanto la unicidad catalana frente al resto de la península como la propia división territorial de Cataluña. Mas la idea de meseta no es sólo un elemento geográfico, sino un vocablo estructural que acaba por incluir, gracias a la apropiación del término por los distintos nacionalismos de la península y por la literatura naturalista, toda una serie de referencias administrativas, ecológicas, espirituales y sentimentales. Para ejemplificar esto, Casals Costa utiliza una emblemática cita de Azorín (publicada en *La Vanguardia*, 1911): “En la soledad de esta diminuta ciudad de la meseta castellana, he leído y releído el libro de Manuel del Río [...] en mi lectura, el silencio profundo de la llanura castellana se asociaba a la visión del pastor solitario, envuelto en su capa secular, transmitida de padres a hijos, como una herencia sagrada. Y en estas horas surgía, clara, radiante, toda la tenacidad, todo el silencio activo y desdeñoso, toda la profunda compasión, toda la nobleza del labriego castellano, raíz y fundamento de la patria” (citado en p. 85). Y de ahí a Unamuno y Ortega. Y en esto el ensayo de Casals Costa se hermana con el lúcido trabajo de Carme Montaner incluido en este volumen –“La difusión de un nuevo modelo territorial a través de la cartografía: los mapas provinciales de España en el siglo XIX”–. En ambos trabajos, pues, se trata, de excelentes primeros pla-

nos, con una amplia y sugerente bibliografía, verdaderas ventanas a estos temas.

Por su parte, Mercedes Tatjer, en el ensayo “Estado, municipios y tercer sector en la configuración de las políticas de vivienda social en España: Barcelona 1909-1937”, presenta una interesantísima historia de cajas de ahorros y pensiones, de interacción de Estado y sociedad civil en los años de industrialización y tremendo crecimiento demográfico en Barcelona, así como en una era de inestabilidad política y económica. Juan Pro Ruiz hace lo propio con la idea de Estado a lo largo de todo el siglo XIX (“Teoría y práctica del Estado liberal en España, 1834-1931”). A lo largo de todo el periodo en cuestión, el Estado en España, debemos concluir, existió, o al menos eso propone Pro Ruiz al decirnos que en esencia fue (y no podía haber tenido esencia si no hubiera tenido existencia) unitario y de inspiración liberal, casi siempre centralista. Sirvió pues de fuerza centrípeta a una organización histórica y cultural que tendía a lo centrífugo. Entre 1820 y 1833 se dieron pasos acelerados en la destrucción de los viejos privilegios de las distintas regiones de la península. Pero fue imposible construir la nueva organización centralizada y liberal; Navarra y las provincias vascas mantuvieron los fueros, y al final, como suele ser el caso en la historia, todo fue una melcocha: “los modelos político-administrativos que realmente se aplicaron resultaban una especie de compromiso entre la modernidad y la tradición, entre la racionalidad burocrática y las exigencias de la historia” (p. 298). Según Pro Ruiz, los ba-

luartes del Estado liberal hasta 1931 fueron los partidos políticos, el parlamento, el ejército, la Iglesia y la corona. Con estos baluartes, Pro Ruiz sostiene que España mantuvo un Estado liberal a la Sièyes o Renan, así como una estabilidad de fronteras y territorial única en Europa. El Estado español se fue adaptando a las circunstancias, aunque la peculiar facilidad con que la corona no respetó los acuerdos constitucionales reforzó las alianzas antiliberales entre militares, caciques y nobles. En esencia, el ensayo de Pro Ruiz presenta una perspectiva muy interesante que hubiera merecido unas cuantas reflexiones sobre la necesidad o lo inevitable de consolidar un Estado liberal sin democracia —lo cual parece haber sido norma, si se observa con desencanto el siglo XIX europeo y americano—. Este tipo de ensayos debería haber abierto al apetito de los participantes mexicanos en el coloquio para comparar, por ejemplo, esta idea de un Estado liberal español *versus* la formación del Estado en un México sin rey —aunque se intentó hasta el cansancio—. Siempre he creído que se podrían escribir unas vidas paralelas de ambos Estados, el español y el mexicano, sobre todo a partir del 1868 español y del 1876 mexicano. Cómo no sentir eso al leer con ojos mexicano un trabajo como el de Pro Ruiz, o la excelente síntesis interpretativa *Un siglo de España. Política y sociedad* (Madrid, 1999) de Santos Juliá.

La integración del territorio en una idea de Estado, México y España, 1820-1940 incluye muchos más trabajos de muy variada calidad. Imposible detenerse en todos. Este lector

espera que los próximos coloquios México-España produzcan trabajos más comparativos, o al menos a una criba más fina. ¡Ah!, ¿y qué problema había en el viejo estilo de citar a pie de página con nombre y apellido del autor, título del libro y esas cosas tan baladíes? Las citas del libro siguen un estilo arrabalero y “*social scientish*” —a veces los nombres aparecen en su orden normal, a veces invertidos, a veces sólo la inicial del nombre, a veces sólo el apellido, a veces editorial, a veces no—. ¡Hombre, no hay que ser! Las minutas de congresos académicos son así, cual transcripciones de debates en cámaras de diputados: hay que escarbar para buscar la chicha. ¿Qué de malo había en un volumen de 150 páginas con cinco excelentes trabajos? Pero bueno, supongo que ya encarrerado el peine... 

CADA CUAL LO SUYO

Rogelio Aragón

Pipes, Richard, *Propiedad y libertad: dos conceptos inseparables a lo largo de la historia*, Madrid, Turner, Fondo de Cultura Económica, 2002, 405 pp.

La revista que en estos momentos sostiene en sus manos es suya. Usted pagó el precio indicado en la portada y por ende, estimado lector, es libre de hacer con ella lo que le plazca. Si usted desea guardarla, compartirla, lanzarla a la basura o quemarla, nadie, ni los editores, distribuidores ni autoridad alguna puede impedirselo. Pero si usted está pensando en hacer pasar como de su autoría al-

gundo de los artículos, imágenes o contenidos, o bien reproducirlos por cualquier medio sin autorización expresa del propietario de los derechos, entonces la historia cambia, ya que estaría usted infringiendo leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual. ¿Paradójico, no? A pesar de haber cubierto el importe monetario requerido para obtener la propiedad de la publicación –y la libertad de disponer de ella– esto no implica que haya adquirido la propiedad de sus contenidos, ya que no es libre de disponer de ellos.

Richard Pipes, profesor de Historia en la Universidad de Harvard, abandona por un momento su ámbito de especialidad –Rusia y la Unión Soviética– para reflexionar sobre dos conceptos fundamentales en la historia de la humanidad, pero que pocas veces habían sido analizados en conjunto: la propiedad y la libertad. A primera vista la obra de Pipes parece estar basada sobre los fundamentos del materialismo histórico, dando prioridad a la actividad económica como causa y efecto de la libertad y la propiedad. Sin embargo, el autor va más allá y estudia las implicaciones filosóficas, religiosas y sociales de ambas ideas y la forma en que incidieron en la formación del individualismo, tan caro a Occidente, desde el punto de vista de filósofos, teólogos y politólogos, partiendo de la antigüedad clásica hasta el siglo XX, pasando por las edades media y moderna, para posteriormente analizarlas como institución desde cuatro perspectivas diferentes: psicológica, antropológica, histórica y sociobiológica. De esta forma, en el primer

capítulo conviven la añoranza por una Edad de Oro, pacífica y sin propiedad, de Hesiodo; la utópica búsqueda de la abolición de la propiedad de *La República* y *Las Leyes* de Platón; la defensa de la propiedad como posibilidad de practicar la caridad cristiana esgrimida por Santo Tomás de Aquino; la idílica fascinación por la supuesta ausencia de distinciones sociales y de propiedad privada plasmada por Tomás Moro en su *Utopía*; la propiedad como causa de desigualdad entre los hombres según Rousseau; la presunción de Marx y Engels de que toda la propiedad era en principio colectiva; para cerrar el ciclo con el triunfo de Aristóteles sobre Platón, representado por la ola “privatizadora” tan en boga a partir de los años ochenta del siglo pasado y que parece no tener fin.

El segundo capítulo nos interna en la discusión sobre los orígenes de la propiedad. ¿Es algo “natural” o, por el contrario, es producto de las convenciones sociales? Ambas posibilidades son exploradas por Pipes. La primera opción, la natural, se explica en un estilo que recuerda indudablemente al *Mono desnudo* y al *Zoo humano*, por una parte, y a los recientes estudios sobre etnopediatria por otra: en el sentido de posesión entre los animales y los niños se encuentran las bases del sentido de propiedad que, necesariamente, tuvo que institucionalizarse mediante fundamentos legales, filosóficos y éticos, desde el momento en que el hombre se vio en la necesidad de agruparse socialmente y de regular las relaciones entre sus miembros. Y así como fue menester proscribir el

asesinato, el incesto o el robo, la propiedad –en principio la de la tierra, y conforme se crearon nuevas necesidades y satisfactores, la de otros objetos– también debía garantizarse y protegerse colectivamente, pero a favor del individuo. De hecho, el autor afirma que el vínculo propiedad-individuo es tan fuerte que los esquemas comunistas, desde los expuestos por Platón en *La República*, los *kibbutzim* en Israel o los ideólogos de la Unión Soviética, se han propuesto erradicar la personalidad individual por considerarla el mayor obstáculo para la igualdad perfecta: “en los comienzos de la Unión Soviética esta obsesión fue tan grande que algunos llegaron a proponer seriamente que se reemplazaran los nombres propios de los ciudadanos por cifras o números”.

Una vez presentada la forma en que han cambiado con el paso del tiempo tanto la idea como la institución de la propiedad, Pipes se aboca a examinar el ejemplo de Inglaterra y Rusia, naciones occidentales que por razones históricas han formulado concepciones distintas sobre la libertad y la propiedad. Ambas naciones se estudiaron sobre la base de dos marcos históricos distintos. En el caso inglés se hace un seguimiento de la idea y la institucionalización de la propiedad desde la época prenormada hasta la Revolución Gloriosa del siglo XVII. Para Rusia la cronología abarca desde las primeras incursiones de los suecos en el siglo IX hasta los primeros años del siglo XX.

El quinto capítulo se dedica exclusivamente al siglo XX, el “menos favorable a la institución de la propiedad privada, tanto

por razones económicas como políticas”. El siglo pasado fue, en efecto, la época en que más cotos se han impuesto a la propiedad. No sólo los fallidos regímenes comunistas y fascistas intentaron un reordenamiento económico que incluía, obviamente, a la propiedad privada: los gobiernos “democráticos” y “liberales”, en aras de mantener posiciones políticas y de paliar de algún modo las enormes desigualdades sociales y la brecha entre crecimiento económico y demográfico, también han limitado la libertad sobre la propiedad bajo el argumento de garantizar la igualdad de oportunidades y de velar por el bien común. Para ello, tales gobiernos han tenido que instrumentar diversos controles a la propiedad y a la libertad mediante impuestos que se destinan al gasto social, controles sobre precios, salarios mínimos y alquileres, educación y servicios de salud gratuitos para los más desprotegidos, organismos que previenen la formación de monopolios o la competencia desleal. Sin embargo, como bien apunta Pipes, todas esas medidas han resultado contraproducentes: no han servido para disminuir la pobreza ni han logrado equilibrar las desigualdades sociales. Por el contrario, han promovido e incrementado la pobreza y la dependencia hacia el Estado por parte de algunos sectores y ha incentivado la improductividad. Y esto no sólo se aplica a los países en vías de desarrollo. En los Estados Unidos, por ejemplo, un programa gubernamental establecido para ayudar a las madres viudas alentó a las mujeres de menores recursos a convertirse en madres solteras que ponen a sus hijos bajo la

tutela del Estado. Hacia 1966, en Alemania, más de medio millón de niños eran mantenidos por el gobierno. Y qué decir de los numerosos ciudadanos, principalmente europeos, que viven en países del tercer mundo a expensas de sus pensiones de desempleo.

El panorama, que plantea el autor para el futuro de la propiedad en sus últimas reflexiones, es poco alentador: nuevas, más complejas y más estrictas regulaciones y cargas impositivas, que sólo recrudecerán la pobreza y la desigualdad social y limitarán las inversiones productivas. ¿Cuál será la luz al

final del túnel? A pesar del fracaso del socialismo y del *welfare state*, tampoco sería viable suspender de tajo los esfuerzos de combate a la pobreza, por más paternalistas, populistas o demagógicos que estos sean. Tampoco el regreso al *laissez faire* o una total desregulación de la propiedad parecen ser el camino apropiado. ¿Cuál será la verdadera y viable tercera vía que logre conjugar las bondades del libre mercado con políticas sociales adecuadas? Infortunadamente, la respuesta no parece cercana. Mientras tanto, estimado lector, siga disfrutando de *su* revista. 